

EL PERSONAJE

Giuliano Ferrara, antiguo “ateo devoto”, desenvaina la espada

POLÍTICA

09_09_2026



**Andrea
Zambrano**



¿Qué ha pretendido decir Giuliano Ferrara en su editorial de ayer en el periódico italiano *Il Foglio* cuando afirma que “la democracia se defiende con la fuerza y con la espada”? Ya estábamos acostumbrados desde hacía tiempo a los cambios de opinión del periodista

y político italiano, pero leer que, ante los males del mundo, se necesita más fuerza para defender la Constitución y la democracia, da que pensar y hace que uno levante los brazos y se pregunte: “¿A esto nos hemos reducido?”.

Los males de Ferrara son sus enemigos personales alineados en su clasificación personal, en cuya cima se encuentra Trump, omnipresente en sus pensamientos, pero desde ayer en segundo lugar la amenaza “al estilo nazi” representada por la AfD. Males que —se mire como se mire— son sumamente democráticos, en el sentido de que han surgido de las urnas, del voto libre de unos electores cansados y desencantados a los que hoy se quiere presentar como groseros, ignorantes y analfabetos en materia de democracia.

¿Y entonces qué hacer? Se necesitan fuerza y espada para oponerse a esa mezcla indistinguible —para él— que va desde el autócrata estadounidense hasta el general Vannacci-Catenacci, pasando por esos “apestosos” de la AfD hasta el general Mladić, celebrado en su patria. Todo indistinto como una nebulosa vaga del mal sin distinción alguna. Y por lo tanto, espada y fuerza, fuerza y espada.

¿Significa esto desterrar quizá —con violencia si es necesario— a quienes han abusado de la paciencia democrática con fines no convencionales? ¿Significa también poner contra las cuerdas o ante los tribunales al opositor político de turno que, si bien ha hecho uso de la democracia, lo ha hecho en nombre de ideas con las que no se puede estar de acuerdo, ya sea el “*America first*”, el nuevo “fantasma” de la remigración o el candidato rumano que no es del agrado de las tecnocracias europeas?

Sin embargo, ésta es la mejor manera de hacer que piensen que “cuando no impones tu poder democrático y no haces respetar sus reglas y su espíritu con algo diferente y más sólido que el formalismo procesal y el Estado de derecho jurídico, entonces debes esperar que el hombre fuerte, el tramposo empedernido, se imponga y haga mella en la democracia débil, correcta, garantista, pero impotente”.

Más allá de la prosa hipotáctica y siempre pulida de Ferrara (conocido en Italia como el “Elefantino”), significa, en pocas palabras, que la democracia, el derecho y las normas no sirven de nada si el adversario político es quien gana las elecciones con ideas poco convencionales y peligrosas, como el euroescepticismo y el soberanismo. “*Menuda cosa, condesa...*”, dirían los cantores de su juventud estalinista. Lo cual se refleja en la conclusión de un artículo que deja boquiabierto si se piensa que lo ha escrito una de las mentes (en su día) más libres e imaginativas de nuestro pequeño mundo: “La democracia sin la fuerza, sin la espada, es un débil susurro de generaciones envejecidas

frente a la vigorosa y tenaz insurrección de las masas”.

Según Ferrara, contra esos plebeyos que votan al hombre negro, las democracias actuales son blandas y descuidadas, pero deberían usar la fuerza para contrarrestar a estas masas, a estos plebeyos que votan con el instinto y no según las convenciones. ¿El pan? ¿La energía? El gasóleo por las nubes, las guerras de las que somos espectadores en primera fila y en las que nos salpica la sangre ajena, no nos duelen tanto como ver que habría que reeducar al pueblo como es debido, mediante los instrumentos que la democracia debe desenvainar de la funda de su inútil arsenal de defensa.

¿De dónde viene este afán de represión, esta caza de disidentes de la que Ferrara se erige en intérprete cada vez más grosero, pero sincero? Proviene de su lejano pasado estalinista, y desde luego no de ese pasado reciente que duró justo lo suficiente para enamorarse y desilusionarse, y que estuvo marcado por un ateísmo devoto o un devocionismo ateo. Un pasado reciente, en términos de calendario, pero sin duda a años luz del Giuliano Ferrara de hoy; un pasado que, durante una etapa de su vida, convirtió al entonces director de *Il Foglio* en un interlocutor privilegiado de un catolicismo que, antes de Bergoglio, había cultivado la idea de poder permitirse el lujo de contar con un compañero de viaje tan diferente. Laicidad y compromiso, fe y razón, poder y servicio, testimonio y acción, liturgia y caridad. Binomios ganadores.

Años locos, como recordarán algunos, en los que incluso una patrulla de desencantados y utópicos, al observar su transformación filosófica y política, llegó a pensar con entusiasmo que se encontraba ante, no digamos un Jean Guitton resucitado, pero al menos un Maritain que se había reaparecido bajo nuevas formas, capaz de debatir de igual a igual con cardenales a punto de convertirse en papas y con pensadores católicos dispuestos a recorrer juntos el necesario camino. Años de conferencias y diálogos, años de artículos, años dedicados a defender el pensamiento de Ratzinger, masacrado en Regensburg, lo que le convirtió a él, antiguo miembro de la Juventud Comunista y luego socialista en ascenso, en el primer zuavo pontificio en defensa del Papa, que sabía conjugar la fe y la razón tan bien que era capaz de distinguir en el relativismo ético el nuevo paradigma del mal contemporáneo.

Años de Otto e mezzo, años de listas “Aborto no, gracias”, experiencias fallidas en las urnas, pero apasionantes en el renacimiento de los coladores de carteles católicos desde los tiempos del '48, en la batalla más inútil y apasionante por la libertad y la verdad que muchos hayan conocido.

Años de diálogo, que Ferrara llevaba adelante con la disposición y la curiosidad

ingenua de los niños, aunque siempre al borde de una conversión que al final nunca llegó, pero que se vislumbraba en la amistad con quienes lo habían acogido en ese tramo del camino.

Inevitablemente, el tiempo deja sus heridas y, para quien nunca ha dado el gran salto, el desencanto da paso a un auténtico retroceso. Así, Ferrara, de vuelta en las filas de su mundo laicista y bienpensante, retomó sus andanzas libres, aunque burguesas, teorizando sobre una distancia cada vez más marcada respecto a aquel mundo —católico y tal vez siervo de nadie, pues solo se somete a un único amo— que tanto le había fascinado.

Lo que le ha llevado hasta aquí, a teorizar sobre el uso de la violencia de “la fuerza y la espada” contra quienes no piensan como él, tal y como impone el sistema y como mandan las bellas almas europeístas. Lo cual es precisamente lo contrario del mensaje de Ratisbona, donde la fe se convierte en violencia para imponerse. Sin perder nunca el ímpetu, pero sin darse cuenta de que el “totalitarismo insidioso de las democracias en las que los derechos de los débiles son pisoteados legalmente”, que denunciaba Juan Pablo II, ya está aquí. Y tiene defensores insospechados.